

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**PRADO, Fabricio. *El borde del Imperio. Redes atlánticas y revolución en el Río de la Plata borbónico*. Buenos Aires: Prometeo, 2021. 214 p. ISBN: 978-897-8451-24-4.**

Para Fabricio Prado, la condición de bastión monárquico de la Banda Oriental, primero leal a la monarquía española y luego como provincia del imperio lusobrasileño, se debió a la centralidad que tuvieron las interacciones transimperiales conducidas por las élites comerciales tanto de Montevideo como de Buenos Aires. En la oleada revolucionaria que sacudió el mundo atlántico a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, estos grupos se inclinaron por la monarquía en un intento por mantener la estabilidad institucional y el control de las redes de comercio.

Originalmente publicado en 2015 con el título *Edge of Empire: Atlantic Networks and Revolution in Bourbon Río de la Plata*, este libro responde a un interés creciente de la historia conectada que intenta trascender las narrativas circunscritas a ámbitos nacionales. Para ello, la narración se organiza a través de tres principios. El primero de ellos es privilegiar las interacciones “transimperiales”, “transnacionales” y “transpersonales” para explicar la “transición de colonia a nación” de la Banda Oriental. El segundo de ellos es el considerar a este espacio como una de “las áreas políticamente periféricas” que a través de una serie de acciones resistían a los “centros de poder” y a las capitales virreinales. Tercero, pero fundamental, es el protagonismo del comercio para: a) los juegos de poder político entre las monarquías, b) la conformación de las élites, c) las trayectorias individuales y familiares y, d) la conformación de redes. La centralidad concedida al tráfico mercantil, legal e ilegal, permite al autor presentarlo como el aspecto que decantó la decisión de optar por la monarquía y resistir los ímpetus revolucionarios que amenazaban ese denso tejido de “historias enredadas y redes transimperiales”.

La estructura propuesta por Fabricio Prado arranca con la historia de Colonia de Sacramento como parte de un complejo portuario en el que participaban Buenos Aires y Montevideo desempeñando roles complementarios y articulando conexiones para la obtención de productos atlánticos y comercio de esclavos. Se destaca así la integración de la región a través tanto del comercio directo e indirecto. Colonia fungía como refugio de embarcaciones británicas y enclave de migraciones libres y forzadas. Este inicial recuento adquiere mayor relevancia como contrapunto de la historia del puerto de Montevideo que se aborda desde su fundación y, de manera destacada, a partir del reacomodo provocado por la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 y de la expulsión de los portugueses de Colonia de Sacramento en 1777. De este modo, la historia de la monarquía policéntrica toma como mirador privilegiado a Montevideo, en tanto puerto atlántico, como región autónoma cuya jurisdicción se fue consolidando y ampliando al compás de las crisis políticas de la monarquía, y de los intereses locales y regionales que muchas veces entraban en contradicción. No obstante, en la medida en que se analizan las redes comerciales

fraguadas en medio de un concierto policéntrico, Montevideo se constituye, frente a Buenos Aires, como uno de dos polos rivales en una zona de intercambios múltiples.

Una de las grandes contribuciones de este libro estriba en atender el desafío de descentrar la narrativa respecto de la política imperial y, en su lugar, atender a las zonas periféricas que es cómo define Fabrício Prado al complejo portuario del Plata. El autor propone entonces dar cuenta de los intereses que los actores locales mantenían con la política monárquica y transimperial. Sin embargo, la relevancia concedida a Montevideo como centro neurálgico de una red de redes en la que las élites comerciales son los sujetos primordiales provoca que otros actores políticos tradicionales se desdibujen y que otros miradores se desatiendan. Se trata pues de una historia cuyo centro y agente principal son las élites comerciales que se distinguen notablemente de otras como las terratenientes, cuyos vínculos con ellas no se delinearán, aunque se sugieren a lo largo de todo el recorrido. A través de la nutrida descripción de su presencia es posible tener una imagen de los diferentes tipos de vínculos interpersonales, locales, regionales y redes trasatlánticas que se gestaron después de la conquista de Colonia de Sacramento por los españoles. En el segundo capítulo se rastrean las experiencias de los lusobrasileños que vivían más allá de los límites imperiales, es decir aquellos que vivían en Buenos Aires antes de 1777 para seguir con los portugueses que vivieron en Montevideo después de esa fecha. De acuerdo con el autor, las oportunidades que se abrieron para los lusobrasileños en ambos puertos se debieron a la ausencia de una élite mercantil de raíces profundas previa a la creación del virreinato. De manera que el conocimiento o *know how* de estas élites, junto con sus productivas redes comerciales, les permitieron permanecer y afianzarse a pesar de que la presencia portuguesa en Colonia había cesado de manera oficial.

A través de un análisis de la composición socioeconómica de esta población radicada en Montevideo, se ofrece un retrato de la elite que trataba de ganar autonomía respecto a la de Buenos Aires, pero que dependía de ella y, al mismo tiempo, contribuía a su crecimiento. Se trata así de una rivalidad en la que ambas partes se fortalecían, por lo menos hasta el momento de la revolución. Entre los detalles que se ofrecen sobre las estrategias individuales y familiares para asegurar su participación en los circuitos comerciales, destaca el matrimonio como una de las más socorridas y efectivas. Prado nos ofrece una historia de supervivencia de esta élite mercantil en tanto grupo social diferenciado, al tiempo que muestra una diversidad de maniobras desplegadas por los sujetos cuyas lealtades no estaban determinadas por los estados imperiales. Se demuestra también la intrínseca porosidad de las fronteras y la falsa antítesis entre los intereses de los súbditos y los de la corona. No obstante, el seguimiento de este grupo a partir de sus redes transimperiales deja pendiente algún diálogo con la historia tradicional de las élites en la que se subraya con acuciosidad la lógica de las relaciones de parentesco, así como el papel que ciertas familias desempeñaron en procesos constitutivos de la ciudad y en los circuitos comerciales internos. Otras cuestiones que valdría abordar posteriormente son las consecuencias de esta permeabilidad en la composición de las élites tradicionales y la singular renovación que implicaron los tránsitos entre la apertura indiscriminada o el cierre frente a estos extranjeros, así como las tácticas empleadas para mantener los equilibrios. Con la mirada puesta exclusivamente hacia el exterior, también queda pendiente el estudio del capital simbólico que estos comerciantes lusobrasileños construyeron en los puertos hispanos a la par de sus

sólidos capitales económicos. Es decir, las conductas que asumían dentro de los ámbitos de sociabilidad, sus valores, ideología, prácticas e intereses distintos, o no, a los de las familias a las que se incorporaban.

Hacia el tercer capítulo el acento se pone en lo que el autor llama la “cooperación transimperial”. Las guerras intermitentes se presentan como una coyuntura que da lugar a nuevas oportunidades y formas de circulación. Entre la indulgencia de las autoridades portuarias y la gestación de nuevas regulaciones se traza una fina línea de relativa legalidad del comercio con los extranjeros y el contrabando, aprovechando el beneficio mutuo y el uso de la neutralidad de la bandera portuguesa para mantener las conexiones en el Atlántico. Contrario a la idea de que los flujos se interrumpieron entre España y sus colonias americanas desde 1790, Prado subraya que, a través de las redes, capitales y conexiones comerciales de los portugueses expulsados de Colonia y reubicados en Montevideo, se logró que la metrópoli mantuviera comunicación e intercambios con sus colonias. No deja de lado que para lograrlo se manipuló la ley colonial y se empujaron los límites de la legalidad. La participación de los súbditos coloniales fue central para bordear la ilegalidad, acoplar la ley y aprovechar las ambigüedades en las regulaciones y de este modo controlar el comercio transimperial. Este proceso favoreció las conexiones con Río de Janeiro que se convirtió en el puerto de escala dominante entre el Río de la Plata y la península, mientras que Montevideo fue el centro del comercio atlántico en el Plata. Prado concluye que, a pesar de la extralegalidad de algunas de estas prácticas, las élites mercantiles coadyuvaron a mantener el colonialismo español en las últimas décadas del siglo XVIII. La guerra y las reformas, que podrían leerse como grandes desestabilizadores de las lógicas preexistentes se presentan en este libro como oportunidades para la reconfiguración de las relaciones de poder entre las élites mercantiles.

El protagonismo de Montevideo como el principal puerto de aguas profundas de la región y como punto focal desde el cual se abordan las redes transimperiales encuentra su descripción detallada en los capítulos cuarto y quinto del libro. En el primero de estos apartados, las reformas borbónicas cobran relevancia, pues a decir del autor, en las áreas periféricas las élites locales pudieron usarlas “para elevar su posición dentro del imperio”, en lugar de sentir minada su autoridad como sucedió en los “centros de poder coloniales”. En su competencia con Buenos Aires, las élites de Montevideo aprovecharon el ímpetu reformista para expandir su jurisdicción, es decir, su derecho a regir sobre territorios y cuestiones civiles, criminales y económicas. Las tensiones entre el virrey y los gobernadores de Montevideo fluctuaron, pero la preeminencia adquirida por este último puerto favoreció a las autoridades locales para hacerse cargo del control del contrabando y el comercio transnacional, mientras que la jurisdicción del virrey se restringió a la defensa de la frontera. El aumento en la autonomía de los comerciantes y autoridades de Montevideo también implicó un mayor control sobre la campaña. Eso se conecta con el cambio en la toponimia de la región y el surgimiento de la llamada Banda Oriental, asunto que se trata en el quinto capítulo.

La “geografía imaginada” se aborda a través de la mirada de los distintos funcionarios y viajeros, que dieron cuenta de la representación del espacio. Se presenta así un proceso de territorialización de la Banda Oriental en el que confluyeron las representaciones propias y las lecturas desde afuera. Ante las

preguntas sobre ¿qué rasgos se privilegian en estas descripciones? y ¿qué intereses dirigen estas formas de nombrar? Prado afirma que en ellas se reflejó el cambio histórico del periodo colonial tardío, la competencia imperial, las reformas borbónicas y las disputas intracoloniales. Por otro lado, la tarea de reforzar el control sobre la zona fronteriza se anuncia, pero no se desarrolla y sólo toca tangencialmente a los agentes distintos a la élite mercantil, de manera que, “los agentes de pueblos originarios” se obliteran. Aunado a esta ausencia, cabe apuntar que cuando se presenta a los portugueses que permanecieron en los puertos hispanos se habla de una alteridad, pero no de una diferencia radical. Por esta razón Prado, es muy claro en los motivos que tiene para utilizar el concepto de “zona de interacción” en la que conviven agentes con valores, códigos culturales e ideales o principios políticos semejantes. Se distancia así de la idea de “zona de contacto” de Mary Louise Pratt donde la alteridad radical se construye como núcleo articulador de las relaciones con el Otro. Un Otro que es distante no sólo geográficamente sino culturalmente y donde la mirada imperialista conlleva una pretensión de apropiación y de plasmar lo desconocido en términos familiares asignando un lugar jerárquicamente determinado dentro de un orden imperial. Lo que aparece, en cambio, en esa “geografía imaginada” sobre la Banda Oriental son similitudes lingüísticas y categoriales entre españoles y portugueses que revelan la existencia de una audiencia común europea y la importancia de esta información para forjar las redes. De acuerdo con el autor, los agentes imperiales y también los extranjeros usaron estas narrativas (cartas privadas, descripciones cartográficas, historias naturales e informes administrativos, entre otros) para representar los intereses regionales y la manera en que los grupos locales querían ser percibidos e integrados en el escenario transimperial. Es solamente hacia el final de este capítulo que aparece la revolución, como un momento en el que la “geografía imaginada” se refuerza y consolida. En las representaciones territoriales proyectadas por realistas, revolucionarios bonaerenses, artiguistas y lusobrasileños se disputaban ciertas áreas que comenzaron a aparecer bajo la jurisdicción de la Banda Oriental y ya no bajo la de Buenos Aires.

Siguiendo con la estructura propuesta, el penúltimo capítulo narra la trayectoria vital y política de Cipriano de Melo. A partir de este personaje, Prado ilumina las lógicas comerciales, los vínculos familiares y políticos, las tensiones y pugnas entre las élites de Buenos Aires y las de Montevideo, la centralidad de la familia extendida y los matrimonios para la incorporación de extranjeros, el conocimiento previo y la experiencia compartida que les permitieron a agentes como él aprovechar la zona de interacción para sus propios intereses y al mismo tiempo reforzar la cohesión política de la región y del imperio. Prado utiliza este caso para exponer la fluidez de las dinámicas imperiales y la manera en que los grupos locales manipularon los “recursos transimperiales” para mejorar su estatus, lo que a su vez generó mayor autonomía de las regiones limítrofes respecto a los centros regionales de poder. Aunque este capítulo funciona muy bien para condensar todo lo expuesto en los capítulos anteriores, es pertinente advertir que la historia de Cipriano, afortunado en sus negociaciones, pactos y alianzas, no puede generalizarse a las de tantos otros extranjeros. Melo resulta un extraordinario ejemplo de la incorporación de portugueses a la élite montevidéana pues sus esfuerzos fructificaron en múltiples relaciones, pero hace falta atender los conflictos, las rupturas, las tensiones y disputas. De otro modo parece que no existieron y que todas las diferencias terminaban por subsumirse al interés general del comercio. Esta imagen de armonía

se perpetúa cuando se insiste en que en Montevideo los portugueses fueron arrojados e integrados sin mayor conflicto, mientras que en Buenos Aires fueron poco tolerados, acotados en sus espacios y expulsados de algunas esferas de acción. Aun así, el autor abre la posibilidad de ir más allá de la dicotomía al insistir en las posibilidades intermedias. Al hacer un poco más visibles los disimulos calculados, las identificaciones y lealtades maleables, las adaptaciones jurídicas, las formas de cooperación, los lazos de confianza y todas aquellas estrategias ingeniosas desplegadas por los sujetos particulares, es posible cuestionar la idea de una rivalidad bipolar entre Buenos Aires y Montevideo.

La noción de revolución que se anuncia en el título del libro es el colofón de la historia de cómo Montevideo se convirtió en un centro regional y por qué se afincó como bastión de la monarquía en el Atlántico sur, en contraposición a la temprana liberación de Buenos Aires. Hasta 1814, Montevideo mantuvo el control sobre las redes transimperiales y aumentó sus transacciones comerciales, pero, en 1815 las fuerzas de Artigas tomaron el control de la ciudad y al año siguiente las tropas portuguesas invadieron la ciudad incorporándola al régimen monárquico lusobrasileño en el que se mantuvo hasta 1822. El extremo énfasis en las redes transimperiales reduce la respuesta de Montevideo ante la crisis política de la monarquía al interés por mantener e incrementar el comercio y por conservar la autonomía frente a Buenos Aires. De este modo se deja de lado la confrontación de diversos grupos sociales en torno a los proyectos políticos posibles, el estallido de arraigados conflictos sociales, el ideario político de quienes encabezaron las primeras acciones revolucionarias, problemas como la esclavitud, así como los intereses y reivindicaciones de gauchos, indios, ocupantes sin título y terratenientes, entre otras tantas tensiones. Un sujeto distinto que aparece hacia el final del último capítulo es “el paisano” que de acuerdo con la opinión pública de la época “era susceptible de ser sobornado” y que no tenía en consideración más que su propio interés en detrimento del bien común. Los principios de la soberanía y de la representación política se articulaban entorno a una pugna por mantener los derechos de las corporaciones o permitir la injerencia de los intereses individuales. Frente a la disyuntiva, mantener las instituciones y las formas de participación política del periodo colonial emergió como la mejor opción para asegurar el comercio transimperial. A pesar de que el gobierno artiguista mantenía el ideal de soberanía particular de los pueblos, principio derivado de la tradición legal hispana, su programa radical de redistribución de la tierra y de representación popular desató una fuerte oposición y empujó a las élites a votar por la anexión al imperio lusobrasileño. Se refuerza así la idea central del texto, es decir, que la preocupación primordial de las élites era el restablecimiento del comercio transimperial. Los datos proporcionados comprueban que el establecimiento del libre comercio, la libertad concedida a los extranjeros para residir en Montevideo y las mejoras en la infraestructura dieron muy buenos resultados entre 1817 y 1822, mientras que la crisis política en Brasil y el final de la Provincia Cisplatina estuvieron directamente conectados con el deterioro del comercio marítimo.

Tres reflexiones se perfilan como necesarias para acompañar la lectura de este libro. La primera de ellas compete a la necesaria contextualización de los conflictos en la frontera hispanoportuguesa y la condición política, jurisdiccional y geoestratégica de Buenos Aires que se desdibuja en el libro al privilegiar a Montevideo. Al ser nombrada capital del recién creado virreinato, Buenos Aires vio

incrementada de manera considerable la intrincada red de frentes que debía defender. Además de tener la responsabilidad de hacer cara a la amenaza inglesa, de contener en lo posible el contrabando, de asegurar la ruta de la plata y las redes de comercio desde el alto Perú, participaba de la yuxtaposición de fronteras múltiples. Desde el puerto se administraban las fuerzas militares para la defensa de la frontera pampeana en la línea de fuertes del Río Salado, además había asumido el control e institucionalización de los pueblos de misión después de la expulsión de los jesuitas y estaba articulada a la defensa de la extensa frontera sur con Córdoba, Tucumán, Mendoza y hasta Santiago. Las élites comerciales bonaerenses tenían un amplio margen de acción dentro del cual, Montevideo y la Banda Oriental era uno de notable relevancia, pero no el único. No obstante, al colocar a Montevideo como mirador principal de las relaciones transimperiales, se alcanzan a ver otras dinámicas que desde el foco bonaerense parecen subordinadas o marginales y que, sin embargo, resultaron de nodal importancia para la circulación, el afianzamiento de las redes de información y, en última instancia, favorecieron el sostenimiento de las colonias americanas en el Río de la Plata.

La segunda reflexión gira en torno al desafío de trascender el modelo de centro periferia para dar cuenta de la cohesión social del mundo indiano sin dejar de lado la inherente desigualdad entre los distintos grupos sociales. Esto conlleva una serie de presupuestos teórico-metodológicos que permitan abordar las relaciones interpersonales, la historia de grupos concretos y su incorporación al concierto político de la monarquía hispánica haciendo énfasis en las conexiones y la circulación, pero sin dejar de lado que se trataba de una sociedad altamente jerarquizada, desigual e inmersa en tensiones sociales múltiples. Es pues un llamado a seguir pensando en modos de abordar el conflicto y las relaciones de poder para evitar una falsa imagen de armonía orquestada por los intereses mercantiles. En este sentido, al trascender el modelo centro periferia y apostar por una monarquía policéntrica, se evita la tendencia de anular la agencia de áreas distantes a los centros tradicionales. No obstante, al evidenciar la importancia de nuevos centros como Montevideo dentro del sistema mercantil y el comercio trasatlántico, el lente se reduce a aquellos agentes transimperiales que obraron en favor de la monarquía y se dejan de lado a todos aquellos que por las lógicas de la subordinación y el colonialismo quedaban excluidos de las decisiones políticas.

La tercera y última consideración sobre el libro de Fabrício Prado es reconocer el esfuerzo de todas las personas involucradas en la publicación en castellano de esta investigación que originalmente vio la luz hace siete años. Destaca el mérito heurístico de incorporar acervos documentales producidos por la monarquía portuguesa y luego lusobrasileña abriendo una perspectiva novedosa frente a las aproximaciones nacionales sobre el proceso de independencia de la Banda Oriental. Gracias a esta edición es posible insistir en la necesidad de reforzar el diálogo entre las distintas academias latinoamericanas y norteamericanas, además de promover las miradas externas. Y, para quienes leemos la propuesta desde otras latitudes, se trata de una convocatoria para pensar en ejercicios semejantes para otros espacios americanos.

Diana Roselly Pérez Gerardo  
*Universidad Nacional Autónoma de México*  
[dianaroselly@unam.mx](mailto:dianaroselly@unam.mx)